

SAN TORCUATO, TESTIGO FIEL DEL AMOR DEL PADRE

Pregón a la fiesta de San Torcuato

Manuel SOSPEDRA VILA

Gracias, Guadix.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, Ilmo. Cabildo Catedralicio, Ilmo. Ayuntamiento, Hermandad Diocesana de San Torcuato, muy querido amigo José M^a Ortiz, Sras. y Sres.

Desde el primer momento en que fui invitado a pronunciar el Pregón de San Torcuato, de este año de gracia de 1999, tenía claro cuáles serían las dos primeras palabras que deseaba pronunciar desde este lugar solemne y sagrado que es vuestra Catedral: Gracias, Guadix.

Gracias porque para mí es la palabra que mejor encierra, en su contenido más profundo, todos los sentimientos que alberga mi corazón: agradecimiento, gratitud, regalo...

Guadix, porque al pronunciarla acuden a mi mente hermosas imágenes de niñez, de fantasía, de perfumes a romero y retamas, a río que corre recortando con sus aguas un paisaje de rojos y ocre, manchados de sol por la cal de sus cuevas milenarias.

Recuerdo a un maestro espiritual que nos decía en un retiro: "Id con mucho cuidado con aquello que deseáis, porque si vuestros deseos salen del corazón y los deseáis con fuerza se cumplirán. Desead siempre cosas positivas".

El maestro tenía razón. Deseé tan profundamente, y durante tantos años, conocer Guadix, el lugar remoto de donde nos había llegado la devoción y el nombre de San Torcuato, que hoy, en esta tarde mágica de mayo, mis deseos se cumplen plenamente.

Por eso, permitidme que os diga, de nuevo: gracias, Guadix.

Como podréis comprobar al escucharme, no me han traído a este lugar mis dotes personales.

Los ilustres pregoneros que me han precedido en años anteriores no deben temer de mí. No soy, a su lado, mas que un simple aprendiz de pregonero. ¿Sabéis, y permitidme que os tutee, qué me ha traído aquí?: el amor.

El amor a San Torcuato y el amor a vuestra tierra y a la mía, a sus historias (la vuestra más antigua) y a sus tradiciones.

Porque, queridos amigos, ¿qué somos las personas y los pueblos sino un conjunto de recuerdos, de sentimientos, de compartires, de ansias de felicidad amasados por el amor? ¿Y hacia dónde caminamos si no hay entre nosotros ese sentimiento?

Pero os confieso que, con el tema de este año, el pregonero no necesitaba consultar muchos libros. Solamente tenía que consultar, antes de escribir una sola palabra de este pregón, a su corazón, a su interior.

Este tercer año de preparación para el Jubileo del año 2000, está dedicado a profundizar en la figura del Padre. Y ¿cómo hablar del Padre si no es desde nuestro interior?

Cuando contemplamos la vida en toda su plenitud, mirándola con los ojos de la Fe, nuestros labios sólo pueden balbucear aquellas palabras del salmista: "¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra...!" Y seguir desgranando como él todo aquello que le causa admiración: "Cuando contemplo el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que alumbran la noche..., ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?". También hoy, cuando contemplamos el universo, las galaxias, los mundos siderales y todas las maravillas del universo, que la ciencia espacial nos da a conocer, brota desde nuestro corazón y desde nuestra pequeñez esa misma alabanza: "¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre!" Y si miramos la tierra con toda su hermosura, las plantas, los árboles, la multiplicidad de formas de vida, ¿no nos hablan en todo momento de la grandeza de su Creador? Como decía el Cardenal Suennens: "Dios es nuevo cada día". Él es el verdadero Padre y Creador de todo lo que existe.

¡Qué pobres resultan nuestra palabras, nuestras teorías, nuestras elucubraciones, cuando queremos hablar de ti, Señor! Qué ignorancia más atrevida!

Pero si nos deslumbra tu infinitud y tu inmensidad nos atemoriza, tu amor nos atrae como un imán, y tu ausencia nos hace sentir, como dice el Salmo: "...tierra reseca, agostada, sin agua".

Es cierto que nuestra mente se colapsa y todo nuestro ser se estremece cuando intentamos pisar el terreno sagrado de la zarza que arde sin consumirse. El misterio del ser, del único que es. «Yo soy», dice de sí mismo. Y ante él toda nuestra sabiduría se convierte en un simple par de sandalias de esparto que no nos sirve para nada. "Descálzate, que estás en tierra sagrada".

Pero tú no eres un Dios como los otros dioses: distante, insensible ante el dolor y el sufrimiento del ser humano. A imagen tuya creaste al hombre y a la mujer, y les infundiste tu aliento. Somos, pues, obra de tu amor.

De muchas formas y maneras te has ido manifestando y comunicando con la humanidad. Hasta que, llegada la plenitud de los tiempos, te manifestaste en Jesús de Nazaret, el Cristo, tu palabra hecha carne. "Este es mi Hijo, el amado, escuchadle".

Tú nos has dicho, en Jesús, que eres Padre. Un Padre que nos ama como nadie nos puede amar jamás.

Tú nos has dicho, en Jesús, que sólo podemos ser felices si nuestra escala de valores son las bienaventuranzas, y si conseguimos grabar en lo más profundo de nuestro ser, que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios de nuestros padres, el Altísimo, el innumerable, aquel a quien nadie ha visto jamás, el creador y vivificador de todo lo que existe, es el mismo Padre misericordioso de la parábola de Jesús, que se echa al cuello del hijo que regresa y lo cubre de besos.

Nos estamos preparando para celebrar con alegría esta buena noticia que nos trajo al nacer tu Hijo, hace 2000 años. Y desde entonces, la vida en nuestro mundo cambió y nunca será igual. "Al pueblo que vivía en las tinieblas, le amaneció una gran luz". Y multitud de testigos de esa luz llena la historia de la Humanidad. Mujeres y hombres de toda edad y condición social, van dando testimonio de tu amor, manifestado en Cristo, a través de los siglos.

Entre esos hombres y mujeres, hay un testigo fiel de tu amor, al que nosotros, los que estamos reunidos hoy aquí, recordamos y celebramos de un modo especial: tu santo mártir Torcuato.

Su memoria nos ha congregado para darte gracias, porque en su debilidad brilló tu fuerza y, con su ejemplo, se propagó la Fe en el Evangelio de Jesús. Tu mártir y obispo Torcuato, nos ha reunido hoy aquí, querido Padre Nuestro, para celebrar tu amor. Gracias, Padre. ¡Qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Queridos ciudadanos de Guadix: qué torpe se siente este pregonero al tener que expresar estos sentimientos y vivencias. Pero, al mismo tiempo, qué contento de poder contaros ese trozo de historia de vuestro y nuestro santo Patrón que no conocéis. ¿Cómo llegó su nombre hasta nosotros?

He venido hasta aquí, invitado y acogido por vosotros, para haceros partícipes de estos hechos históricos que trajeron «al lugar de Sedaví» la fe y el nombre de San Torcuato.

Porque, mirad, nuestra fe en el Dios de Jesús es una fe transmitida, predicada y vivida por personas inmersas en un contexto humano y cultural concreto. No es una fe desencarnada y espiritualista. Nuestra fe se concreta y se realiza en la historia personal de cada día.

Es en este contexto histórico, allá por los años 1676, cuando nació en esta hermosa ciudad de Guadix D. Diego Antonio Pérez de Barradas. Fueron sus padres D. Antonio Lope Barradas, primer marqués de Cortes, y D^a. María Mencía Bazán.

Este niño fue solemnemente bautizado en la pila bautismal de esta Santa Iglesia Catedral, el día 12 de diciembre de 1676.

Llegaría a ser, con los años, un gran personaje. Intervino en la conquista del Rosellón en 1702; participó en las campañas de Portugal en 1704; y, al servicio del rey Felipe V de Borbón, combatió en la batalla de Almansa, en 1707, contra las tropas del archiduque Carlos.

En 1713 contrae matrimonio con D^a. María Luisa Olginat de Médicis, VIII Señora del «Lugar de Sedaví».

Con este matrimonio, entran en la historia local de Sedaví el linaje de los Barradas de Guadix y, con ellos, el nombre y devoción de San Torcuato. En pago a los servicios prestados, el Rey le nombró Teniente de Rey en la Plaza de Valencia donde murió en 1744.

Su hijo, D. Antonio de Barradas Olginat de Médicis Bazán y Julián, nace en Valencia en Junio de 1714, y hereda, al morir su madre, el título de IX Señor del «Lugar de Sedaví».

En la parte inferior del cuadro que representa a San Torcuato, y que conservamos en nuestro Templo Parroquial, puede leerse la siguiente inscripción: «San Torcuato, mártir, obispo de Guadix y discípulo de Santiago, cuya devoción trajo al Lugar de Sedaví D. Antonio Barradas, IX Señor de dicho Lugar, y a expensas de su hijo se ha hecho este adorno».

Queda, pues, refrendado que es el IX Señor, nacido ya en Valencia, quien trae a Sedaví la devoción a San Torcuato. Devoción, sin duda alguna, transmitida por su padre, ya que él, nacido en Valencia, apenas si visitó Guadix.

Cuando su hijo, D. Antonio Barradas y Baeza, X Señor de Sedaví, encarga el lienzo de San Torcuato y el de Santiago para adornar el Templo Parroquial, estamos en el año 1800. Y, aunque el nuevo Templo está sin terminar en su totalidad, se traslada solemnemente el Santísimo y se derrumba el templo viejo. Son, pues, 200 años de la presencia en nuestro pueblo del patronazgo de San Torcuato.

Y me diréis con razón: ¿y qué son 200 años, comparados con los casi 2000 que está entre vosotros? Es verdad que no significan nada.

La historia de la ciudad de Guadix, la romana Acci, está repleta de acerbo cultural, que continua hasta nuestros días.

Sedaví, nuestro pueblo, era simplemente una alquería musulmana, llamada Veni Saetabi, «el hijo de Xativa», que entró en la historia escrita el año 1239, porque Jaime I la donó a un tal Octaviano, caballero que le acompañaba en sus conquistas por tierras de Valencia. ¿Sabéis qué día fue ese?: el 15 de mayo de 1239, día de San Torcuato. Cuando nosotros éramos una simple alquería mora, vosotros ya erais, desde muchos años antes, sede episcopal.

Pero, mirad, más hermosas que estos trozos de historia cívica son las vivencias.

Cuando empecé a escribir un pequeño libro, titulado: *A un santo desconocido, San Torcuato*, a medida que avanzaba recopilando datos, buscando tradiciones orales casi olvidadas, viejas fotografías de tiempos ya lejanos, renacía dentro de mí una pregunta, que durante mucho tiempo tenía como olvidada. Una pregunta que se convirtió en deseo, después de mi visita a Guadix, pero, sobre todo, después de la visita inolvidable a Face Retama.

Face Retama. ¡Qué maravilla! ¡Qué grandeza! ¡Qué mágico lugar! Si leer el pregón que pronunciara en 1996 D. Francisco Fernández Segura, me despertó la curiosidad de conocer el lugar, mi visita el día 9 de octubre del año pasado sobrepasó todas mis expectativas al respecto.

Ahora sí que comprendía. Ahora, arrodillado delante del sepulcro del Santo, en aquella ermita llena de vivos colores, en aquella tierra de espartos y matorrales, ante aquel olivo verde y esplendoroso, y embargado por ese silencio profundo que lo impregnaba todo, empecé a comprender... Os puedo asegurar que fue una experiencia humana y espiritual irrepetible.

¡Cuidad Face Retama! Es un lugar privilegiado. Y son precisamente su austeridad y pobreza material, su autenticidad desnuda, la fuerza espiritual que emana y la energía que desprende, lo que la hace única.

No podían encontrar los cristianos de estas tierras mejor lugar de paz, de silencio, de encuentro consigo mismo y con los demás y, por supuesto, de encuentro con Dios, que Face Retama. Perdonad que os insista, queridos accitanos, ¡cuidad Face Retama! ¡Rescatadla del olvido! Y sabéis por qué. Porque catedrales las hay en muchas partes del mundo, pero Face Retama sólo existe una, y está en Guadix.

La pregunta convertida en deseo era la siguiente: ¿cómo y por qué llegó a Sedaví la devoción a San Torcuato? Voy a dedicar tiempo e ilusión a averiguarlo y a darlo a conocer a mis paisanos.

Porque, mirad: no fue fácil su entrada ni bien acogida esta devoción en nuestro «Lugar». Venía avalado por el Señorío de los Barradas, que habían luchado a favor del rey Borbón Felipe V, defensor a ultranza de la nobleza y sus derechos, y en contra del archiduque Carlos, que simbolizaba las libertades y derechos de los más desfavorecidos.

La pérdida de la batalla de Almansa acabó con estos derechos y con la existencia del Reino de Valencia como tal. El Rey, por derecho de Conquista, abolió nuestras leyes, nuestra lengua y nuestras costumbres.

El refranero valenciano inmortalizó el desastre que supuso para el Reino de Valencia esta pérdida, con un refrán vivo hasta nuestros días, que dice: "Quan el mal ve d'Almansa, a tots alcança", es decir: "Cuando el mal viene de Almansa, a todos alcanza".

San Torcuato llegó de la mano vencedora del Señorío. Y los lugareños de Sedaví optaron por ignorarle. No podían rechazarlo, porque se trataba de un santo, y ellos eran cristianos, y porque, además, vivían, trabajaban y morían en las barracas, alquerías y tierras del Señor de Barradas, dueño de todos ellos. Y, por la cuenta que les traía, tenían que aceptarlo.

¡Qué difícil lo ha tenido San Torcuato en nuestra tierra!, rodeado de otros santos patronos, más queridos y festejados que él: San Roque, San Sebastián, los Santos Vicentes, Ferrer y Mártir, y el más popular de todos, San José.

Recuerdo, cuando era todavía un niño (empecé de monaguillo a los 6 años cortos), que ya me llamaba la atención ver cómo en nuestro templo parroquial todos los altares se adornaban con manteles, candeleros, etc., rivalizando entre sí, las familias encargadas de los mismos, a la hora de embellecerlos. Sin embargo, nadie cuidaba el altar de San Torcuato. Allí estaba él, en el último altar del templo, arrinconado.

Tendría unos 12 años cuando empecé a dar catecismo a otros niños más pequeños. Mi grupo se sentaba, precisamente, delante del altar de San Torcuato. Fue entonces cuando, de una manera un tanto infantil, tomé la resolución de cuidar yo mismo de ese altar. Siempre que podía le llevaba algunas flores, y le encendía algún cirio de los que encontraba por la sacristía.

A los 13 años ingresé en el Seminario. Siempre que volvía a casa de vacaciones y visitaba el templo parroquial, iba a su altar para pedirle por mi vocación. Como podéis ver no entraba en los planes de Dios que yo llegara a ser sacerdote. Pero continué cumpliendo mis compromisos con San Torcuato.

Fue poco antes de casarme, a los 23 años, cuando caí en la cuenta, con gran alegría, de que la fecha de mi nacimiento, 15 de mayo, era precisamente el día de su fiesta litúrgica. En nuestro viaje de bodas, camino de Granada, ya estuvimos aquí en Guadix, a visitar su capilla. A partir de entonces, siempre he procurado que en el día de su fiesta, que es también la mía, no faltaran algunas flores y luces en su altar.

Pero yo soy de los que creo que nada ocurre en la vida que no tenga su sentido, aunque, a veces, tardemos años en descubrirlo.

Si entre las generaciones que durante años poblaron Sedaví, nuestro santo Patrón fue el olvidado y desconocido, para otras, las más recientes, es alguien a quien vale la pena conocer.

Poco a poco, San Torcuato ha ido ganando nuestros corazones. La comunidad cristiana ha ido tomando conciencia de su protección, casi siempre silenciosa y humilde. Poco a poco, le hemos hecho justicia.

Hace veinte años trasladamos su imagen al segundo altar más importante de nuestra iglesia parroquial: la antigua capilla del Sagrario. También nos llegó de Celanova su reliquia, hecho del que celebraremos gozosamente, la semana próxima, su veinte aniversario. Instituímos como festivo de la comunidad parroquial el día 15 de mayo, celebrando solemnemente la Eucaristía y reuniéndonos, después, como una familia, en una cena y sencilla fiesta. Se estrenó el himno en su honor, que hoy cantamos con alegría los hijos de Sedaví.

Querido pueblo de Guadix, este año, en que profundizamos en la figura del Padre y proclamamos a San Torcuato como uno de sus testigos, este pregonero se congratula de poder hablaros de él desde su sede apostólica, desde su Catedral. Difícilmente podría expresar todo lo que he vivido a nivel personal y parroquial desde que visité vuestra acogedora ciudad, en octubre del año pasado. Sabía que una de las virtudes de los santos era el agradecimiento, ser agradecidos. He de confesaros públicamente, y con gran alegría, que San Torcuato lo ha sido en abundancia con respecto a mí. No podía hacerme mejor regalo que concederme el honor de pronunciar el pregón de su fiesta en este 14 de mayo de 1999.

Mañana, cuando celebre mi 55 cumpleaños aquí entre vosotros, y bajo su mirada paternal, podré decir desde lo más profundo de mi corazón, que se ha cumplido uno de los deseos más intensos de mi vida: poder expresar y dar a conocer a los demás esta hermosa historia de San Torcuato, que dejará de ser, cada vez más, para nosotros un santo desconocido.

Permitid que abuse unos minutos más de vuestra acogida. Pero hay en vuestra Catedral dos obras de gran valor emotivo para mí. El hermoso conjunto de imágenes policromadas que representan a la titular de esta Catedral, Ntra. Sra. en el misterio de la Anunciación, y la imagen del corazón de Cristo, que bendice desde lo alto de la torre catedralicia a vuestra hermosa ciudad. Son obras de un insigne escultor que, aunque afincado en Córdoba, nació en Sedaví: mi ilustre paisano D. Amadeo Ruiz Olmos.

¡Qué mejor manera de poner punto y final a este pregón que deseartos a todos que viváis con alegría el Jubileo de la Encarnación del Salvador, y que sintáis en vuestra vida de cada día el amor entrañable que nace de su corazón!

Felices fiestas de San Torcuato, y muchas gracias por vuestra escucha y vuestra acogida.

Gracias, Guadix.